





Tomás Ortega

EL
ESPEJO
DE
SALIVA

Platero
COOLBOOKS 

Título: El espejo de saliva.

Primera edición: enero, 2025.

© 2025, del texto Tomás Ortega.

© 2025, de la edición, maquetación y diseño Platero CoolBooks.

© Platero Editorial S.L.

Glorieta Fernando Quiñones s/n.

Edif. Centris, planta 2, módulo 10. 41940 Tomares (Sevilla)

info@plateroeditorial.es

www.plateroeditorial.es

Diseño de cubierta e ilustraciones de interior: Néstor Alonso.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa de los titulares del copyright.

Printed in Spain-Impreso en España.

ISBN: 978-84-10062-87-0

*El verdadero lugar de nacimiento es aquel en el que por primera vez
posamos una mirada inteligente sobre nosotros mismos:
mis primeras patrias fueron los libros.*
—*Memorias de Adriano*, Marguerite Yourcenar

*...Si no siguiera en pie esta piedra desfigurada y rota
bajo el arco transparente de los hombros,
ni brillara como piel de fiera,
ni centellara por cada uno de sus lados
como una estrella: porque aquí no hay un sólo
lugar que no te vea. Debes cambiar tu vida.*
—*Torso de Apolo arcaico*, Rainer Maria Rilke

*¿Qué importa lo que pueda ser la realidad colocada fuera de mí,
si me ayudó a vivir, a sentir que soy y lo que soy?*
—*Las ventanas*, Charles Baudelaire



Índice

La casa de los paréntesis	9
El infortunio del chupasangres	13
La maga del meñique torcido	19
A la sazón de la tiranía.....	25
La Molly y el fogonero	31
Un olor imperecedero	39
Las cuentas claras	41
Passo di Gavia	73
La ceremonia del botillo	79
Las hélices	87
Fin de emisión	95
Las apariciones de Tanuki Tamioka	107
Manchas en la piel	113
Informe del robador de trasteros.....	115
Enter Wise	125
La abuelastra	133
El espejo de saliva	139



LA CASA DE LOS PARÉNTESIS

Confieso que mi relación con los libros siempre fue erótica. Sin embargo, solo había estado cerca de mi objeto de deseo por entregas. Ahora, gracias a la generosidad de Aitana, he conocido un camino que considero como propio. Ella también me enseñó un método eficaz para superar trances amorosos. Una técnica que he perfeccionado con el tiempo. Porque hubo un tiempo en que me sentía fuera de órbita tras romper con mi pareja de toda la vida.

Desde los años casi lúdicos de la niñez, mi acercamiento a los libros se hizo por decantación natural. Mi atención durante las clases se centraba, en lugar de las matemáticas y materias afines, en los libros plenos de vida y repletos de aventuras sobre grandes exploradores, en personas embarcadas en lances amorosos y disparatadas historias alejadas de aquellos graves logaritmos neperianos. Yo me decantaba gradualmente por la alquimia del verbo. Luego quién diría que en parte esos logaritmos y algoritmos habrían de sustituir la textura del papel y de las personas en innumerables casos. Tras superar el trance de esas materias poco afines, me volqué en mi pasión hasta alcanzar el arrebatador lector en ocasiones. Con el tiempo, fundiría cuerpo y mente en esa anatomía infinita de papel entre poetas y escritores del ancho universo. No sin tragarme algún tostón popular. Por fortuna, mi gusto sería como el tiempo del que disponía: curioso y exquisito. No permitía malgastar mis esfuerzos en vanas intenciones por salvar los muebles con sucesivas

páginas atroces. Fui acumulando lecturas y alguna experiencia propia, aunque sin grandes épicas. Hasta que topé con mis huesos en la librería de viejo que regentaba Aitana en aquel lejano lugar. ¿Cómo llegué hasta allí? Eso ahora no importa, quizás fue por despecho o por olvidarme del ruido mundano tras mi ruptura.

Ya el primer día de trabajo todo empezó a cambiar. Nunca tuve nada en contra de las librerías de novedades, al contrario, pero las de segunda mano, las librerías de viejo son mis predilectas. Siempre me han gustado las pequeñas y retiradas, donde entrar supone un paréntesis del ajeteo. Porque creo que muchos de esos libros han tenido numerosas vidas desde el primer lector y luego son olvidados hasta que alguien los recupera. Entonces me preguntaba para mi regocijo por el libro que encontramos en una librería de viejo que ha pasado por tantas manos, ¿cuántas biografías contiene un libro de papel?, ¿cuántos firmes pulgares y sinuosos contornos de manos habrían pasado por esas hojas? Yo imaginaba nuevas historias y así descubría la anatomía de unas hazañas siempre nuevas, a través de aquellas imágenes abstractas que me absorbían. Tenía que rebautizar esos libros, dar una nueva vida como después de un paréntesis, cuando la existencia se detiene durante un instante impreciso, y continúa su camino hacia nuevos rumbos.

En aquella librería mi estado de ánimo se transformaba desde primera hora de la mañana. Y, aunque no es lo mismo ver el circo desde la barrera que saltar a la arena de los gladiadores, Aitana me invitaba a abrir aquellas cajas repletas de libros usados, donde encontré numerosas joyas, vestigios de otras vidas; la variada existencia impresa en la tinta de esas páginas inolvidables. Entrenando mi paciencia descubrí entre los tesoros que habían pasado por multitudes de manos: un tebeo de Tintín con sus aventuras por lugares lejanos y peligrosos; una historia ibérica a través del arte con juglares, torerillos de cintura fina y salteadores de caminos;

colecciones de cromos deportivos; los cuentos selváticos de Horacio Quiroga, los campos de Castilla de don Antonio Machado; una dedicatoria amorosa en los pasajes eróticos del *Cantar de los cantares* y otras incontables reliquias. También encontré, entre otra pila de libros, un ejemplar raído con versos de César Vallejo; las hojas estaban despegadas del canto y las páginas sueltas con sus poemas se esparcían por el suelo formando racimos de versos que dibujaban en el suelo un mosaico de palabras encontradas. Al hilo de las horas y los días, los hallazgos se hicieron frecuentes y sentí que, por un rato, esos tesoros me llevaban a olvidar mis penas. Gracias a la sensualidad del roce de las páginas, de los olores del papel, tal vez del contacto indirecto con otras manos, se aliviaban mis castigos. Pero todavía sentía el dolor de la pérdida. Un día de tantos, Aitana, intuyendo mi silenciosa amargura, me sugirió su extraña pócima:

«Quizás la única diferencia entre las personas de destino y el simple destino de las personas radica en encontrar el lugar y el momento adecuados. Aunque en eso también el azar juega un papel crucial. También dicen que plantar un árbol, tener un hijo y publicar un libro son algunas de las metas esenciales en la existencia humana. Y aunque ahora parezca fácil escribir el libro y hay quien sustituya a los niños por mascotas, a esas nobles aspiraciones yo tengo que sumar la modesta ambición de ser librera. Cada cual que encuentre la suya. Mi método casi infalible para superar trances amorosos consiste en escribir una nota con el nombre de la persona perdida. Después puedes introducirla al azar entre las páginas de un libro y dejas que se pierda entre los anaqueles y las estanterías. Desde allí, cuando se lo lleve una persona, viajará a otros lugares y se volverá a perder entre otras manos. Luego puedes escribir en un cuaderno o en unas hojas sueltas unas frases que te alienten y quizás algún día alguien en tu misma situación encuentre lo que has escrito y obtenga consuelo en tus palabras».

Me sedujo aquella idea y procedí según me había sugerido Aitana. Escribí el nombre de la persona ausente en un papel. Cómo podría olvidar mi mala caligrafía al escribir cada letra. Luego doblé el papel con sumo cuidado y lo deposité con los ojos cerrados entre las páginas de un libro al azar. Aitana lo cambió de sitio y seguí con mi labor. Poco a poco, con el trasiego del tiempo y la mudanza de libros entre las manos, mi cabeza se fue poblando de historias, mientras mi imaginación volaba. Por la noche, después de terminar en la librería, aprovechaba para borrar mis impresiones sobre el placer que suponía el contacto con algunos de esos versos admirables y las innumerables leyendas de las que me rodeaba. Y aquella nota con el nombre, junto a su persona, se fueron haciendo cada vez más pequeñas y distantes. Luego, con mucha dedicación y bastante trabajo, el hábito fue imponiéndose con algún rudimento básico. Hasta que de alguna forma encontré el oficio de contador de historias y me marché de aquella librería que me había reconciliado con el mundo, pero sin abandonarla del todo. Conmigo funcionó, mi destino estaba todavía por escribir.

Y hoy quizás encontraste estas palabras, y la nota con el nombre de una persona dentro de un libro olvidado, muchas estaciones después de que fueran escritas. Quién sabe si viajaron por incontables manos o por ninguna. Da igual cuando existe el placer de tocar las páginas del papel, hallar un tesoro cercano y descubrir sus infinitas vidas.

EL INFORTUNIO DEL CHUPASANGRES

Yo, insecto volador, *culex pipiens*, existo entre otras criaturas efímeras, cínife, mosca verde o mosquito común. Mi vida es breve como un suspiro, y aunque las malas lenguas dicen que muero en un día, yo he tenido la suerte de nacer hembra. Soy voluptuosa, tengo dos ojos enormes, un cuerpo delgado, seis patas alargadas y dos bellas alas transparentes. Sin embargo, mi estructura es simple y volátil como una corriente de aire o un espasmo. Salgo al ocaso a buscar el alimento durante mis emocionantes paseos hurgando entre deliciosa sangre, sabrosos líquenes y la más selecta basura. Pero reconozco que tengo mis debilidades; es la exquisita sangre el manjar de los dioses para reproducirme, el elixir mágico de animales y humanos que succiono con un apéndice de mi extendida cara. Porque chupar cuellos, morder a mis líquidas víctimas es mi mayor placer. ¡Ay! Beber de esos jugosos humanos al crepúsculo, qué delicia, qué gula, me vuelvo loca solo de pensarlo. No lo tengan en cuenta, créanme que lo hago para sobrevivir. Los vampiros hacen lo mismo y yo me pregunto por qué ellos son mitificados y a nosotras nos odia todo el mundo. Siempre ha habido privilegiados.

Mi existencia es precaria, fugaz mi recuerdo y mi memoria es tan efímera que para mí solo existe el presente. Mi vida es una lucha cotidiana, pues hasta cuando salgo para aprovechar mis escasos días, encuentro antídotos para

terminar con mi triste especie. En su defensa, los humanos dicen que matamos a unos setecientos cincuenta mil individuos de su prole y contagiamos con nuestros mordiscos a millones, como si de un efecto mariposa se tratase. Pero es una burda excusa, pues hay que ver la cantidad de inventos que ingenian para acabar con nosotras, desde fétidos enchufes a ultrasonidos inaudibles, inciensos pegajosos, cremas milagrosas, a pantalones largos y mangas anchas. Y tengo que decirlo, no soporto esas espirales fétidas e interminables. ¡Qué horror! Es al leer en los letales aerosoles «antimosquitos» cuando me pongo mala, como si fuéramos el ombligo del mundo y los otros insectos no molestaran. ¿Qué me dicen de las pegajosas moscas, de las incontables hormigas? ¿De las cucarachas resistentes, de los escarabajos tan peloteros? Por no decir pelotudos. Nosotras, al menos, tenemos la decencia de que cuando los humanos duermen, alertamos con un ruidito molesto al oído. Y, ay de los mosquiteros, si tienes la fortuna de entrar por un resquicio, resulta el paraíso, una cárcel de placer donde te atiborras hora tras hora, qué glotonería, qué felicidad.

En Transilvania, donde yo sobrevivo, los bosques son frondosos, los valles profundos, las lagunas extensas y las montañas tan altas que nos rodean como un muro de aislamiento. Luego, las inclemencias climatológicas son un problema para mi diminuto cuerpo: los goterones de lluvia me hunden hacia el suelo, las fuertes borrascas dificultan mi vuelo y las cegadoras nieblas me impiden ver más allá de mis antenas. Y, por si fuera poco, en las jornadas de viento, tropiezo con corrientes que sacuden mi breve cuerpo y las alas tiemblan en frágil condición. Yo, ajena a todas las dificultades, vuelo ligera, sorteo peligros y surco los bajos cielos. Nada es mejor que la dicha de picotear entre escombros al crepúsculo. Recorriendo feliz los vastos horizontes con mis livianas alas en busca de nutritivas víctimas y su exquisita sangre.

Antes de la próxima nada, hay tres lecciones fundamentales que marcan el infortunio de mi condición de chupasangres. La primera lección la aprendo al revolotear alrededor de una presa humana. Cuando, tras mucho aletear, encuentro la víctima propicia, la sangre más deseada, me siento preparada y me dispongo a atacar; se me escapa en el último suspiro. Entonces, observo atónita, consternada, cómo mi víctima se abalanza con el cuello erguido hacia los afilados dientes del vampiro de turno gritando extasiada: «Muérdeme, muérdeme, por favor». Mientras, el vampiro, con los colmillos aún adormecidos tras descansar en su ataúd durante el día, se estira saludando la llegada de la noche y, como quien no quiere la cosa, se da por aludido y desayuna tan ricamente la presa que yo había seleccionado con tanto tesón. ¡Qué triste casualidad compartir las mismas horas de faena! ¡Qué suerte la mía! Y en cuanto oscurece por completo, es peor todavía, nuestras posibilidades quedan completamente disminuidas. Los malditos humanos se entregan con despiadada pasión al primer vampiro que encuentran en su camino. Qué manera de acaparar el alimento, qué cruz, qué tormento. Siempre ha habido privilegiados.

La segunda lección es un extraño fenómeno; sucede en ocasiones que localizo a un aspirante a mis succiones. Realizo el mismo procedimiento: observo la pieza a distancia, con cuidado preparo mi objetivo. Me acerco sigilosa y, cuando me dispongo a atacar con el apéndice afilado, encuentro una superficie misteriosa, un material duro y sólido que trasluce la realidad al otro lado de la barrera. Me arrimo muy cerca de esta envoltura fría y transparente, sin embargo, una secreta estructura me impide avanzar como si fuera un muro de antipatía. Desde allí diviso con mi apéndice pegado hasta el límite. Veo al otro lado los succulentos manjares que comería sin cesar. Fantaseo con degustar sus carnosos cuellos como una fruta prohibida, esos néctares de plaquetas, esos hematomas jugosos que me vuelven loca.

Entonces insisto en mi propósito, intento dominar esa claridad, ese espacio en apariencia vasto y libre, pero sufro la intolerancia del cristal. Desesperada, como si de un crucifijo antivampiros se tratase, me impulso hasta que estrello mi cuerpo repetidas veces contra esa barrera infranqueable que no logro traspasar. Planeo, cojo carrerilla y bordeo vencida esa reservada zona hasta que encuentro una salida donde sigo mis peregrinajes, que se dirigen hacia nuevos derroteros. Aprendida la lección, sigo la huella de ese espacio con el mismo aspecto que los otros caminos, si bien esa grieta de abundancia es imposible gozarla y cambio de aires en busca de otras prometedoras víctimas.

La tercera lección se comprueba a largo plazo. Como los vampiros muerden a quien les place, en poco tiempo se reproducen como moscas y la familia crece sin cesar. Sin ir más lejos, en la región donde vivo, a una larga tradición de siglos, se le suma el interés de hordas de curiosos que vienen buscando el ideal de estas terribles criaturas. Aunque tengo la impresión de que los humanos tienen una idea equivocada sobre estos odiosos seres. Porque cómo se puede explicar que, tras chupar la sangre a diestra a siniestra, yo, en la mosquitera, salga henchida de felicidad, pero hinchada de sangre y gorda como una abeja reina, mientras que esos glotones vampiros estén delgados y pálidos como si no hubieran probado bocado en semanas. Pues si de lo que se come se cría, se podrían ustedes imaginar las caras encarnadas de esos vampiros a lo largo de los meses, las rubicundas mejillas, las papadas encarnadas, las barrigas prominentes de tan temibles competidores. El elegante traje que lucen acabaría pequeño y se les saldrían las carnes por todos lados. Nada de eso. Entonces me digo: «Imagínate, mosquita triste, beber la sangre de esos vampiros, quizás te resuciten de tus cansados viajes». Pero cuando los pruebo, saben a mil demonios. Y sin otra posibilidad para alimentarme y sin ningún medio de reproducción, pues no hay mañana

posible sin sangre, me lanzo desesperada a buscar sugerente basura o tentadores líquenes. Hasta barajo libar animales poco peludos o personas flacuchas, trofeos menos deleitables, pero nutritivos. Lo necesito para sobrevivir. Qué cruz, qué paciencia hay que tener con la de sangre que acaparan los vampiros. Algún día tendré que mudarme de estos hermosos parajes. En Transilvania las cosas se están poniendo feas, y estos vampíricos lugares no dan para todos. Entre las brumas que se arremolinan en mis alas y ellos, que se atiborran hasta intempestivas horas, no gano para disgustos.

Yo, con tantas barreras me siento una mosquita desdichada. Mientras que los malditos vampiros caminan a sus anchas, viajan por donde quieren y les son ofrecidos los bocados más suculentos. Encima gozan de la fama de los cuentos y la gloria de los amantes de la noche. Me pregunto qué puedo hacer, yo, insecto volador entre otras criaturas, cínife, mosca verde o mosquito común. Denuncio mi situación y reivindico mi posición dentro del mundo natural. Soy una mosquita repelida por los elementos y rechazada por la sociedad. Antes de la inminente nada, comparen mi injusta condición con los míticos y sanguinarios vampiros. Ustedes, los humanos, son una plaga y nosotros también. Siempre ha habido privilegiados.